

enteramente esterminado, recibió á lo menos una herida mortal, de cuyas resultas quedó con muy pocas fuerzas hasta que espiró por último en el concilio de Constanza. Inmediatamente ó muy poco despues del concilio de Pisa mudaron de semblante los asuntos de la Iglesia, y en vez de un cisma general, llamado con tanta razon el gran cisma de occidente, no hubo ya mas que un cisma ordinario, de suerte que se redujo todo al estado de tantas divisiones precedentes en que el verdadero Papa era reconocido de la Iglesia católica, y el Antipapa sostenido por algunas facciones infamadas. Entonces se aplaudió generalmente entre todos los pueblos, que no se obstinaron en negarse á la obediencia, lo que habia dispuesto el concilio de Pisa, supuesto que ni aun se pensaba en poner en duda su legitimidad ni su universalidad. La iglesia de Roma, como todas las demás, y de un modo mas solemne que ninguna de ellas, dió la prueba efectiva y mas auténtica de su consentimiento, recibiendo por legítimo pastor al que la habia dado el santo concilio, y mirando á los últimos Pontífices romanos, igualmente que á los de Aviñon, como Papas dudosos, y continuó siempre reverenciando á Alejandro V y á sus sucesores, que hasta nuestros dias han sido vástagos de aquel tronco. Reflexionen pues los pocos y singulares doctores, cuyo primer maestro fue Juan Dominici, uno de los cuatro cardenales que creó Gregorio XII contra la palabra que habia dado, y que no fueron

reconocidos como tales hasta que se los creó de nuevo en el concilio de Constanza; reflexionen, vuelvo á decir, si se hace mas favor á Roma quitando al concilio de Pisa su carácter esencial de autoridad, ó siguiendo en esta parte el dictámen de las iglesias de Francia, Inglaterra, Alemania, Bohemia, Hungría y Polonia, y de todos los reinos del norte, como tambien del mayor número de los antiguos doctores de España y aun de Italia.

30. Luego que el Papa Alejandro se vió colocado en la Silla pontificia, notificó su eleccion á toda Europa, la que á escepcion de los reinos de Castilla, de Aragon y de Escocia que estaban por Benedicto, los estados de Roberto de Baviera, del Rey Ladislao, y algunas pocas ciudades de Italia que permanecian adictas á Gregorio, no tardó en reconocerle por único y verdadero Pontífice. Es de presumir que hubiera atraído tambien á su obediencia al Rey Roberto, si no se hubiese mezclado intempestivamente en los asuntos temporales de los Príncipes, y no le hubiese ofendido dejando á Wenceslao la cualidad de Rey de romanos.

31. Sin embargo, sucedió con el nuevo Pontífice lo que con otros muchos, que habiendo sido considerados en la segunda esfera como hombres superiores, se hallan reducidos en la primera á la clase de genios subalternos. Elevado el cardenal á la santa Sede, se gobernó únicamente por los consejos, ó por mejor decir, por las órdenes del cardenal de San Eustaquio, el famoso Baltasar Cos-

se rió de este decreto, y apeló del Pontífice sorprendido al Pontífice mejor informado.

33. Pasó Alejandro entretanto á Bolonia, donde despues de algunos meses espiró, como lo esperaba el cardenal de San Eustaquio, el dia 4 de Mayo de 1410, á los diez meses y ocho dias de Pontificado, habiendo contribuido á su muerte el mismo cardenal, segun las sospechas del concilio de Constanza. Declaró antes de espirar, que creía justo y legitimo todo lo efectuado en el concilio de Pisa. Entonces constaba el sacro colegio de veintitres cardenales, pero estaban ausentes siete de ellos. Entraron en cónclave despues de los nueve dias del funeral los diez y seis presentes, y á 17 del mismo mes de Mayo eligieron al cardenal de San Eustaquio, Baltasar Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII. Aunque tenia grandes deseos de ser Papa, fingió mirarlo con mucha indiferencia, y propuso que se eligiese al cardenal de Caraccioli, su compatriota, varon justo, pero sin doctrina, sin representacion y sin ninguna aptitud para el gobierno. No impidió el disimulo de Cossa que fue acusado de violencia y de simonía, de vejaciones tiránicas, de maniobras indignas, propias de su primera profesion, de tramas é iniquidades de un ingenio enredador, de disolucion en las costumbres, en una palabra, de todos los vicios y excesos que originaron la desgraciada contienda que nos ocupará demasiado en lo futuro. Por lo demás, tenia mucho talento para los asuntos temporales.

34. Cuatro dias antes de su coronacion, esto es, el 21 de Mayo, murió Roberto, Rey de romanos, en sus estados de Baviera. Cuando lo supo el Pontífice, envió nuncios á fin de proporcionar aquella corona á Segismundo de Luxemburgo, Rey de Hungría, hijo del Emperador Cárlos IV y hermano de Wenceslao, con quien nada tenia de comun Segismundo sino la proximidad de la sangre. Este Príncipe era de admirable índole, de mucho talento, de gran prudencia, de una constancia á toda prueba; instruido y laborioso, benéfico, religioso, aunque no irrepreensible en sus costumbres, en una palabra, dotado de las cualidades mas á propósito, si no para edificar, á lo menos para sostener el imperio y la Iglesia. No tuvo sin embargo á su favor mas que una parte de los votos, el dia 10 de Setiembre de 1410, y recayeron los otros en Jodoco, marqués de Moravia, que era de edad muy avanzada, y murió á 8 de Enero del año siguiente, despues de lo que reconocieron todos los electos á Segismundo, que reinó veintisiete años. El sábado de las cuatro témporas de Pentecostes, ó en Junio de 1411, hizo el Papa Juan una promocion de cuatro cardenales, teniendo presentes en ella á la mayor parte de las naciones. Los dos mas notables fueron Pedro de Ailli, obispo de Cambrai, y Guillermo Filastro, otro doctor de París, muy adicto en otro tiempo á Benedicto XIII del mismo modo que el primero (1).

(1) *Hist. Univ. Paris. t. 5. p. 214.*

descontento que causaba la bula espedida por su predecesor en favor de los religiosos mendicantes, ordenó que la considerasen como no espedida, y que permaneciesen las cosas en el mismo ser en que estaban antes de la publicacion de un reglamento tan mal recibido.

35. Por último, habiendo pasado un año en Bolonia con el fin de asegurar los intereses de la santa Sede en aquella parte de Italia, corrió á tomar posesion de Roma, para grangearse mas y mas la adhesion de los romanos, que le llamaban con grandes instancias, y para librarlos de las inquietudes que continuaba causándoles Ladislao. Reunió á este efecto las tropas de la Iglesia con las de Luis de Anjou, que logró al principio grandes ventajas. La batalla de Garillano, una de las mas célebres que se dieron en aquel siglo, debia haber privado á Ladislao del reino de Nápoles, y no hizo mas que proporcionar hermosos caballos con ricos jaeces y alhajas de mucho valor á los generales vencedores, que se divirtieron en entregarse al saqueo del mismo modo que los soldados. La mayor imprudencia que cometió Luis, fue que en vez de derrotar completamente á su rival sin perder un momento, regresó á Francia despues de la victoria que habia conseguido, y dió tiempo á los napolitanos para rehacerse. A la primera noticia del combate, recibida en Roma en el mismo acto en que se presentaron las banderas cogidas á los vencidos, se entregó el Pontífice á un gozo estre-

mado que duró muy poco. Supo bien pronto las faltas del vencedor y los recursos del vencido, que volvió á presentarse en campaña, abandonándose de nuevo á su conducta tiránica. Recurrió el Pontífice á las censuras y al anatéma en defecto de las armas temporales, á la absolucion de los juramentos de fidelidad, á las calificaciones de perjurio, cismático, herege, relapso, enemigo irreconciliable de la Iglesia, á todo cuanto podia contribuir á hacerle odioso á los fieles, y en fin á la cruzada que publicó contra él en toda la cristiandad (1). Aumentóse con esto la insolencia de los nuevos hereges de Bohemia, y principiaron las reuniones tumultuosas, cuya ferocidad y excesos asolaron por espacio de tantos años á aquel reino infeliz.

36. Habíase retirado Juan Hus á Hussinetz despues de su primera condenacion, bajo la proteccion del señor de aquella tierra, ciego admirador suyo y resuelto á favorecerle en todo. Habiendo muerto el arzobispo Sbincon, volvió á entrar en Praga el predicante, y nunca se conoció mejor que entonces el influjo favorable ó adverso de un obispo bueno ó malo en la capital, para los asuntos generales de la Religion. Sucedióle un tal Albico de Moravia, que fue elevado á esta dignidad por el favor, mejor diré, por el capricho del Rey Wenceslao, de quien era médico: alma vil y despreciable por todos títulos. Era tan sórdida y tan extravagante su avaricia, que no queria tener caba-

(1) *Hist. Anon. p. 810.*

llos, porque comían de noche del mismo modo que de día. Sin otro cuidado que el de llenar sus cofres, dejó hacer á los novadores todo lo que quisieron. Algun tiempo despues vendió su arzobispado á Conrado, obispo de Olmutz, á quien habia sido necesario nombrar por administrador á causa de su incapacidad, y ciertamente no desmintió Conrado los efectos que debían esperarse de un tráfico tan impío.

Despues de haber tratado de su propia seguridad, y corrompido una infinidad de personas del pueblo, del estado eclesiástico y de la universidad misma, tuvo Juan Hus la osadía de anunciar por carteles, y celebrar efectivamente una conferencia pública acerca de la cruzada y de la indulgencia publicada contra el Rey Ladislao (1). Estaban tan furiosos los sectarios, que muchos de ellos conviniéron en quitar la vida sin perder un instante á los predicadores de la indulgencia. Un domingo en que uno de estos predicadores estaba esplicando claramente las tramas de Juan Hus y el veneno de sus escritos, le dijo un zapatero en presencia de todo el concurso, que mentía. Otro artesano se puso á gritar en otra iglesia durante el sermón, y á decir que el Papa Juan era el Anticristo, pues hacia derramar la sangre cristiana; y hubo otro que llenó de injurias á un fraile que estaba predicando en su convento. No tenia límites la libertad y la osadía en el gobierno de un Príncipe extranjero,

(1) *Theod. Bell. Huss. p. 12. -- Aln. Silv. Hist. Boh. c. 35.*

que nó hacia caso de la Religion ni del estado, y de una Reina fascinada por un director herege. Entretanto dió orden el senado para prender á aquellos tres alborotadores, y quiso contener en su origen con justa severidad semejantes atentados; pero el pueblo echó mano de las armas, y pidió su libertad con una gritería terrible. El senado calmó la conmocion con buenas palabras, y se volvieron todos á su casas. Poco despues fueron ajusticiados secretamente los reos; pero habiendo visto que corría su sangre por debajo de las puertas del palacio, volvió á amotinarse el pueblo, se apoderó de los cadáveres, los cubrió con telas de oro y plata, y los llevó procesionalmente á todas las Iglesias de la ciudad, gritando sin interrupcion los sacerdotes de la secta: „estos son los mártires que se han sacrificado por la ley de Dios.” Los embalsamaron despues de esto, y los colocaron como reliquias insignes en el santuario de su iglesia de Belen. Entonces contuvo la supersticion los efectos del furor y de la venganza, pero solo quedaron suspensos para asolarlo despues todo con mayor violencia y atrocidad.

37. En este tiempo confirmó Juan XXIII la bula de su predecesor, condenando de nuevo los errores corrientes. Prohibió la lectura de las obras de Wiclef, mandó que se quemasen públicamente las que se pudiesen descubrir, y amenazó á los que se opusiesen á ello, declarando que serian tratados como fautores de la heregía. Fue dispuesta esta bu-

sa, que fue su sucesor con el nombre de Juan XXIII. Autorizado Cossa con la legacion de Bolonia, donde habia adquirido una autoridad casi absoluta por su genio emprendedor, sus intrigas y su talento para los negocios y aun para la guerra, se hizo desde luego necesario al Papa Alejandro, uniendo las tropas de la Iglesia con las del Rey Luis de Anjou, y sujetando al Pontífice el patrimonio de San Pedro y la ciudad de Roma. Pero en vez de llevar allá al Papa, á quien obligó la peste á retirarse de Pisa á fines de Octubre, consiguió de él, sin embargo de las repetidas instancias de los romanos, que pasara á Bolonia, donde mandaba el cardenal como dueño absoluto, fundando desde entonces una esperanza ambiciosa en la avanzada edad y en las enfermedades del Papa. Marchó Alejandro á Prato y despues á Pistoja, donde pasó una parte del invierno, y manifestó su grande inclinacion á hacer beneficios. A pesar de la bajeza de su nacimiento, habia recibido de la naturaleza un fondo de generosidad que no podia menos de aplaudirse cuando tenia por objeto á los pobres y á las personas de mérito, pero tambien, como sucede con bastante frecuencia á los que siendo de baja esfera tienen esta noble inclinacion, se escedió en la beneficencia, y no supo usar en el egercicio de ella de la reserva y discernimiento conveniente. Era en él una especie de pasion el hacer favores, y dejar contentos á todos los pretendientes. Apenas sabia, segun Thieri de Niem, lo que era negar,

cualquiera que fuese la cosa que le pedian, y la calidad del que la pedia. Multiplicó los empleos de su corte casi á proporcion de la multitud de los pretendientes insaciabes que le rodeaban, distribuyó los beneficios sin detenerse en los exámenes y en las demás fórmulas acostumbradas; dió abadias, obispados y arzobispados aun antes de su coronacion, y concedió unas gracias tan exorbitantes á los conclavistas de los cardenales, que dió algun motivo para sospechar que habia entablado con ellos un comercio simoníaco. Sin embargo, seria mucha imprudencia entender esto al pie de la letra, porque además de que Thieri era naturalmente inclinado á la sátira, tenia este historiador un interés muy particular, como oficial de la cancelaria romana, en desacreditar á un Papa, que abreviando las fórmulas y el metodo de los despachos, habia disminuido considerablemente los emolumentos de su empleo. No se crea por esto que es nuestro ánimo defender á este Pontífice de toda culpa de imprudencia y de inconsideracion, pues debemos confesar que aunque era un teólogo profundo y un predicador elocuente, estaba poco versado en las leyes y en las costumbres, y no manifestó gran talento ni esperiencia en las cosas de práctica. Él mismo nos da idea de los efectos de una profusion que se aumentó sucesivamente á proporcion de sus dignidades, porque se le oyó decir muchas veces, que habia sido un obispo rico, un cardenal pobre, y un Papa mendígo. En la dis-

tribucion de sus inmensos beneficios, tuvo buen cuidado de no olvidarse de la religion que le habia sacado del polvo. Dió empleos en su corte á sus antiguos compañeros los frailes menores, les confirió, en cuanto pudo, los obispados vacantes, y confirmó sus privilegios por una bula que renovó todas las contiendas antiguas de los religiosos mendicantes con el clero secular.

32. Estando todavía en Pistoia, publicó otra bula á fin de contener los progresos que hacian en Bohemia los errores de Wiclef por las intrigas de Juan Hus, á quien se dió este apellido con motivo de ser natural de la aldea de Hussinetz. Habiendo alejado de Praga este cabalista hipócrita á los doctores alemanes que eran mas capaces de oponerse á los nuevos errores, derramaba su veneno sin sujecion ni reserva (1). Los predicantes mas fogosos despues de este entusiasta eran Jacobelo de Misnia y Gerónimo de Praga, los cuales á egemplo de su coriféo no cesaban de conmover á los pueblos contra los clérigos y los frailes, y no solo declamaban contra los sacerdotes ignorantes y viciosos, sino contra todo el órden gerárquico, sin perdonar á los primeros prelados ni al Sumo Pontífice. Se gloriaba Juan Hus de seguir en esto los principios cismáticos de Wiclef, y aun sus dogmas mas visiblemente heréticos, á escepcion de los que eran contrarios á los sacramentos, ó á lo menos á la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

(1) *Coch. lib. 1. c. 12. Harps. Feld. lib. 4. Dubrav. Alos. Silo.*

No faltaron doctores que le dieron consejos saludables, mas en vano. Sbincon de Haseimberg, arzobispo de Praga, de ilustre nacimiento, de un celo ilustrado y de un valor capáz de arrostrar todos los peligros por la defensa de la ley, reunió los doctores en calidad de legado de la santa Sede, ordenó que se le presentasen los libros que alteraban la quietud de su diócesis, y mandó quemarlos en número de mas de doscientos, con las telas preciosas, planchas y manecillas de oro y plata que adornaban á casi todos ellos. No contento con esto, acometió de frente al mismo Juan Hus, sin detenerse en la poderosa proteccion de la Reina Sofía, de quien era confesor, y le prohibió el ejercicio de la predicacion; mas el astuto perturbador dispuso conferencias en que disputaban como teólogos los simples legos, los artesanos groseros, las mugeres y aun las criadas. Alguno de ellos escribió libros, y especialmente canciones, componiendo muchas tan injuriosas al arzobispo, que á pesar de lo embrutecido que estaba Wenceslao, prohibió cantarlas bajo pena de la vida. Con el objeto de poner fin á estos escándalos, cuya noticia penetró hasta mas allá de los montes, espidió el Pontífice Alejandro V su bula de 20 de Diciembre de 1409, prohibiendo enseñar en público ó en secreto los artículos de Wiclef, con órden de obligar á abjurar á las personas sospechosas, de declararlas hereges si no obedecian, y de perseguirlas como tales. Juan Hus, que contaba con tanta proteccion,